

Christopher Farnsworth

Juramento de sangre

Traducción de Luisa Borovsky





mosaico

es un sello editorial de Grupo Norma, S. A.

© 2010, Christopher Farnsworth

Título original: *Blood Oath*

Editor original: G.P. Putnam's Sons

© 2011, de la presente edición en castellano para América Latina

Grupo Norma, S. A. para



mosaico

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

© 2011 por la traducción, Luisa Borovsky

Primera edición: abril de 2011

Diseño de cubierta: Paula Gutiérrez Roldán

Imágenes de cubierta: siart/Shutterstock;

Lukyanova Natalia (frenta)/Shutterstock

Diagramación: Nohora E. Betancourt Vargas

ISBN: 978-958-45-3282-4

Impreso por

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

La política es un deporte sangriento.

ANEURIN BEVAN

VEINTE HORAS MÁS TARDE, WASHINGTON, D. C.

Griff observó al muchacho sentado frente a él en la limusina de la Casa Blanca. Inquieto, nervioso. Movía la cabeza al compás de alguna melodía interna.

Zach Barrows. Veinticinco años. Voluntario en la campaña para senador del presidente incluso antes de poder votar, había sido recompensado con un empleo al terminar la universidad. Luego se había encargado de tres estados durante las elecciones y se los había asegurado holgadamente a su jefe.

Pero carecía de experiencia militar o policial. Griff dudaba de que Zach hubiera tenido alguna vez un arma en sus manos. Para él, las batallas se libraban con palabras, papeles y acuerdos clandestinos.

No es de nuestra incumbencia saber por qué Griff se recordó a sí mismo.

El joven desvió la mirada de la ventana, por donde se desplazaba el paisaje familiar de Washington y le sonrió a Griff.

Griff reconoció esa sonrisa, de político, con esa clase de estimulante encanto reservado sólo a los completos extraños que ingresaban en su radio de influencia. Una sonrisa diseñada para ganar amistades y seducir a personas influyentes a las que utilizar y luego descartar.

—Y bien, ¿adónde nos dirigimos?

Griff no retribuyó la sonrisa.

—Pronto llegaremos —respondió.

—¿No puede decirme adónde vamos? —insistió con incredulidad.

—Información clasificada —dijo Griff. —Te diremos lo necesario cuando sea necesario.

El muchacho esbozó una sonrisa burlona. Eso fue precisamente lo que había pensado Griff cuando el presidente los había presentado en el Salón Oval: alrededor de setenta kilos de sonrisa burlona dentro de un traje. El joven se inclinó hacia adelante. Aquí viene, pensó Griff.

—Vea, agente... Griffin, ¿no es así? —dijo Zach.

—Griff está bien.

Una versión más condescendiente de la sonrisa anterior.

—Agente Griffin. Sé que usted usaba poliéster y protestaba contra Nixon cuando yo ni siquiera había nacido. Pero yo fui director adjunto en la Casa Blanca, y aún no tengo treinta años. La revista *Washingtonian* se refirió a mí como el próximo Karl Rove.

—Admirable —comentó Griff, impasible.

—Gracias. Entonces, qué tal si deja de lado el secreto y me dice lo que quiero saber. No estoy aquí para jugar.

Griff reflexionó un instante.

—Según he oído, estás aquí porque el Servicio Secreto te encontró con la hija del presidente, de diecinueve años, en la Habitación Lincoln —dijo, y se tomó un segundo para saborear la mirada de Zach. Luego agregó:

—Haciendo algo que *definitivamente* no tenía el propósito de procrear.

Zach abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla y comenzó a mirar por la ventanilla.

—No te preocupes, Zach. En poco tiempo sabrás de qué se trata.

Zach no respondió. Se lo veía malhumorado.

Griff sintió un poco de pena por él, recordando sus propios inicios, casi cuarenta años antes.

Y entonces desearás no haberlo sabido.

La limusina se detuvo.

—Aquí estamos —dijo Griff, y bajó del auto.

Mientras la limusina se alejaba Zack observó el edificio alumbrado por las luces de seguridad.

—Ya he hecho la visita guiada —dijo.

El hombre no respondió en seguida. Siguió su camino hacia el muro del Castillo, la parte más antigua del Instituto Smithsonian.

—No haremos el recorrido habitual —dijo Griff.

Zach estaba acostumbrado a ser el más joven en cualquier lugar. Formaba parte del título de niño prodigio. Dado que los hombres mayores, especialmente en política, no querían escuchar las ideas modernas de ningún mocoso, se había visto obligado a armarse de una variedad de estrategias para tratar con ellos, desde la adulación al insulto sin rodeos. Una vez que su objetivo se desequilibraba, Zach podía tomar el mando.

Nada de eso funcionaba con este tipo. Zach parecía incapaz de hacerlo trastabillar. Considerando lo que había observado hasta ahora, Zach suponía que el hombre debía estar cerca de retirarse. Probablemente fuera del FBI o quizás del Servicio Secreto. Se movía con una confianza simple, física, a pesar de su gran contextura. Pero eso era todo lo que había sido capaz de deducir. Senci-

llamente no podía hallar el enfoque apropiado para este hombre.

Realmente comenzaba a molestarle.

Por un instante, Zach pensó en la única vez que había estado en problemas con la ley, cuando un policía lo había descubierto junto a sus amigos en un auto robado. Tenía dieciséis años. Aun entonces Zach ya manejaba con habilidad las palabras. Jugó todas sus cartas con el policía, que escuchó su historia completa, con paciencia y calma.

Y luego, de todos modos lo arrestó.

Griff le recordaba bastante a ese policía.

Zach lo vio presionar un ladrillo de aspecto común y corriente. Se hundió un centímetro en la pared, y un antiguo mecanismo, creado por maestros picapedreros más de un siglo atrás, se puso en movimiento.

Un gran bloque del muro se elevó y reveló una escalera, deteriorada por el uso. No hizo el menor ruido.

Zach ni siquiera intentó contener la risa. Griff se volvió para mirarlo.

—Tiene que ser una broma. ¿Es *en realidad* una entrada secreta?

Griff se limitó a señalar los peldaños.

—Cuidado al subir.

Zach soltó otra carcajada, pero obedeció.

—¿Cuándo me dan mi anillo decodificador?

No hubo respuesta.

Trece peldaños después —los contó— ingresaron a otro salón. Las luces se encendieron automáticamente en cuanto atravesaron el umbral.

La habitación de piedra tallada parecía, a primera vista, igual al museo de arriba.

Las paredes estaban cubiertas por incontables filas de libros; antiguos volúmenes encuadernados de cuero. En el amplio espacio entre las estanterías se ubicaban mesas y vitrinas.

Pero indudablemente esta exposición no estaba abierta al público general.

Zach vio una cabeza de pez de tamaño humano, con unos dientes siniestros, como de piraña, que flotaba en un gran frasco y le sonreía. Una antigua placa de metal la identificaba como RESTOS ÓSEOS DE INNSMOUTH, MASS., 1936. Las piezas de hierro fundido de una armadura, como un robot construido en un viejo horno de leña, se exhibían bajo un cartel que rezaba HOMBRE DE VAPOR DE BRAINERD, C. 1865. Un gran escarabajo, de color dorado brillante. Algo rojo como la sangre y de aspecto pegajoso en un frasco, llamado Allghoi Khorkhoi. En una caja se veía algo que parecía un tronco común y corriente: MADERA DEL “ÁRBOL DEL DIABLO”, GUAYANA BRITÁNICA, 1897.

Y más cosas. Una calavera de cristal. Lápidas de piedra. Ídolos tallados. Una pata de mono momificada.

La atención de Zach se dirigió, finalmente, al ataúd al otro lado de la habitación. No había tarjeta o placa de identificación alguna.

Zach no sabía cuánto tiempo había pasado observando boquiabierto la exposición cuando desde atrás oyó la voz de Griff.

—Bienvenido al Relicario, Zach.

Consiguió cerrar la boca antes de dar media vuelta y dotar de suficiente sarcasmo a su voz.

—Bonito lugar. Sólo falta un penique gigante.

—Esto no es broma, Zach.

—¿Pretende decirme que todo esto es real?

Griff asintió.

Zach se tomó un segundo para procesarlo. De algún modo, sabía que el hombre estaba diciendo la verdad. La porción lógica de su cerebro no quería aceptarlo, pero las cosas allí no parecían falsas. Tenían la misma innegable realidad cotidiana de una mesa o una silla. Bastaba con verlas.

Sin embargo, hizo una pregunta más, para satisfacer a la insistente voz de la razón.

—Entonces, eso —Zach lo señaló— ¿es realmente el cuerpo de un *alien* de Roswell?

Griff echó un vistazo.

—En realidad, el de allí es de Dulce.

—Claro.

No era esto lo que Zach había esperado encontrar cuando el presidente lo convocó al Salón Oval. Seguramente se había enterado del torpe y alcoholizado encuentro con su hija. Pero tampoco había sido el primero, y ella prácticamente no había vuelto a hablarle desde entonces. Zach era un componente valioso del equipo. Tenía la certeza de que sería promovido, incluso hasta jefe de personal, y así se acercaría progresivamente a su objetivo final...

En cambio, le anunciaron que sería transferido. El presidente dijo algo acerca de confiarle la seguridad nacional, y le estrechó la mano. Luego Griff lo condujo hasta la limusina.

Con total honestidad, a Zach le había costado seguir escuchando después de no oír las palabras “jefe de personal”.

Ahora estaba en un sótano, mirando los deshechos de una *troupe* ambulante de fenómenos. En algún punto del camino había metido la pata. Hasta el fondo.

—¿Qué estoy haciendo aquí?— se preguntó en voz baja.

Aunque la pregunta iba dirigida a su propia persona, Griff le respondió.

—Estás a punto de conocer uno de los más importantes y antiguos secretos de esta nación, del que no hay registro escrito o evidencia alguna fuera de esta sala.

—Si el secreto es tan importante, ¿por qué conservan todo esto? Lo primero que aprendí en política es que *siempre* se destruyen las evidencias.

—Es más bien una sala de trofeos. Él necesita conservar los trofeos. Es un cazador. Debes tenerlo siempre presente.

Zach lo miró fijo.

—El hecho de que tu boca combine palabras no significa que realmente expliques algo. Comprendo que te guste jugar a Yoda con su joven Skywalker pero, ¿podrías decirme qué mierda está pasando aquí?

Griff asintió, y se apoyó en una mesa.

—Lo que estoy a punto de contarte lo sabe sólo el presidente, unos pocos miembros de su gabinete, yo...y ahora, tú.

—Vaya, qué honor —replicó Zach haciendo una mueca.

Griff suspiró profundamente y comenzó su relato:

—En 1867, un joven fue hallado en un barco ballenero varado cerca del puerto de Boston. Aparentemente había asesinado a varios de sus compañeros de tripulación. Los cuerpos no tenían sangre, salvo el que el joven sostenía en sus brazos, del que aún bebía.

Dijeron que era un vampiro. Fue encarcelado y condenado a muerte. Pero el presidente Andrew Johnson le concedió el indulto. Le perdonó la vida. Vivió el resto de sus días en un manicomio, hasta 1897, cuando murió. Al menos esa fue la versión oficial.

El joven era verdaderamente un vampiro. Y Johnson lo absolvió con el propósito de que trabajara para los Estados Unidos. Durante los últimos ciento cuarenta años, ha defendido al país de las amenazas del Otro Lado.

Zach se esforzó por no reír.

—Un vampiro presidencial. ¿Demócrata o republicano?

—Eso sería como preguntar a un tiburón si prefiere vino tinto o vino blanco para la cena.

—Así es. Entonces, ¿para qué me necesitan?

—Eres el nuevo enlace entre el vampiro y la oficina del presidente. Te encargarás de transmitir las órdenes e instrucciones del presidente, proveerás apoyo e inteli-

gencia, y trabajarás con el vampiro en todos los aspectos de sus operaciones.

Griff hizo una pausa. Zach esperó el remate. Pero no se trataba de un chiste.

—Qué estupidez —dijo Zach. —Tengo acceso irrestricto a la información de la Casa Blanca y jamás he oído nada sobre este asunto.

—En el mundo a la luz del día no necesitabas esa información. Esto es algo completamente diferente.

—¿Realmente esperas que crea que tenemos un vampiro entre nosotros y podemos enviarlo a cazar terroristas y espías cuando se nos antoje?

Por primera vez en toda la noche, Griff rio. Parecía realmente divertido, lo cual enfadó aún más a Zach.

—¿He dicho algo gracioso?

—En este mundo hay cosas peores que al-Qaeda y Corea del Norte. Y esperan la oportunidad de lanzarse sobre nosotros.

Griff movió las manos para señalar los objetos que los rodeaban.

—Estos artefactos son vestigios de sus intentos por salir de las sombras a la luz del día, por irrumpir en nuestras vidas. La humanidad no los sobrevivirá. Son una infección, y se esparcen como el ébola. Debemos mantener esa frontera entre la luz y la oscuridad a cualquier precio. De lo contrario seremos vencidos. Estaremos perdidos. Todos moriremos.

Alguien debe custodiar la frontera. Nuestra tarea consiste en repeler cada intento de incursión. Ellos invaden, nosotros los rechazamos. Olvida la Guerra contra el Terror, Zach. Ésta es la guerra contra el Horror. Y tú has sido reclutado.

La habitación le parecía más silenciosa ahora. Zach hizo la única pregunta que consideró lógica.

—¿Qué pasa si no acepto el trabajo?

—Me temo que no tienes esa opción. No puedes renunciar ni pedir un traslado. Esta será tu tarea hasta

que te retires. O hasta que te maten. Lo que suceda primero.

La cabeza de Zach comenzó a dar vueltas, aunque no podía precisar la causa: la idea de que los vampiros eran una realidad, o el hecho de que repentinamente su carrera se hubiera detenido.

Todo aquello era injusto. Había trabajado durante años para llegar al centro del poder de los Estados Unidos. Había sacrificado sus fines de semana de estudiante para repartir folletos y pegar afiches de campaña. Durante media docena de campañas había olvidado lo que era dormir, se había alimentado de comida chatarra y había trabajado por debajo del salario mínimo, mientras sus compañeros de la universidad ganaban cifras de seis dígitos en compañías financieras. Todo para llegar a la Casa Blanca.

Las cosas habían salido según lo planeado. Y ahora esto.

—¿Qué ocurre si me niego?

—¿De verdad crees que sencillamente puedes decir “no” y marcharte? ¿Después de lo que has visto y lo que verás? —preguntó Griff, imperturbable.

—¿Es una amenaza? ¿Me estás amenazando? Oye, viejo, *no hay absolutamente...*

—Amenazar no es su tarea.

Por un instante, Zach no supo de dónde salieron esas palabras.

Entonces dio media vuelta. Un sujeto, como salido de la nada, se encontraba detrás de él.

—Es la mía —dijo, y sonrió.

Era más alto que Zach, y llevaba unas ropas oscuras y andrajosas. Se veía joven. Y pálido. Muy, muy pálido.

Allí estaba, completamente tranquilo.

Demasiado tranquilo. Extrañamente quieto. Con la clase de quietud que suele verse solo dentro de un ataúd.

Pero allí estaba, frente a él. Tan tranquilo que Zach no comprendió por qué toda su mente se redujo a una sola

idea, grabada a fuego en su cerebro en letras mayúsculas: HUIR.

Zach sintió agitarse en su interior un instinto desarrollado en la época en que los humanos se apiñaban frente a las fogatas, temerosos de los ruidos que surgían de la oscuridad. Súbitamente comprendió que estaba frente a algo que acechaba a su raza desde hacía miles de años. Algo que no era humano. Un predador.

Existe una razón por la cual los humanos han sido genéticamente programados para temer a la oscuridad. Zach estaba frente a ella.

Entonces vio los colmillos en las comisuras.

Comenzó a temblar. No podía hacer que sus piernas se movieran.

Intentó hablar. Sin resultados.

Algo tibio y húmedo comenzó a bajar por el muslo.

Tanto él como el vampiro —porque eso era, sin la menor duda, lo que tenía delante—, miraron hacia abajo.

A medida que su vejiga se vaciaba, en torno al zapato de Zach se formaba un charco.

La sonrisa del vampiro se desvaneció. Por encima del hombro de Zach miró a Griff.

—De modo que este es el chico nuevo.

—Zach Barrows, él es Nathaniel Cade, el vampiro del presidente —dijo Griff.

Zach seguía petrificado. Cade volvió a mirar hacia abajo.

—Quizás deberías mostrarle dónde guardamos el estropajo— dijo Cade, y giró en torno a Zach. El joven siguió el recorrido con la cabeza.

Cade se detuvo. Colocó una caja de metal sobre una de las mesas. Luego dejó caer junto a la caja algo que produjo estrépito. Algo semejante a un hueso de animal, tal vez un perro. Con dientes y pelos, aún con sangre en algunos lugares.

—Encárgate de esto, por favor —pidió.

Cade se dirigió al ataúd y lo abrió de un tirón.

Griff intentó llamar la atención del vampiro.

—Cade, deberíamos hablar sobre...

—Más tarde —dijo Cade, y de un golpe cerró la tapa del ataúd.

Griff se encogió de hombros, a manera de disculpa.

—Está un poco malhumorado. Pasó las últimas catorce horas en la bodega de carga de un C-130 —explicó Griff.

Zach, inmóvil, con el pantalón empapado, lo miró con la boca abierta. Pero por primera vez en su vida, no tenía nada que decir.

4

Sujeto: Cade es esencialmente inmortal. Es decir, sus células no experimentan la habitual muerte celular, ni envejecimiento o deterioro, en tanto el sujeto disponga de un suministro constante de sangre fresca. La reconstitución es prácticamente perfecta. Cada célula destruida por una fuerza externa (ver Apéndice: “Resistencia del Sujeto a Cuchillos y Balas”) es reemplazada por una copia idéntica. El sujeto puede curarse de cualquier herida o traumatismo en cuestión de minutos, aunque la velocidad de recuperación puede variar según la cantidad de sangre fresca disponible en su sistema.

RESUMEN INFORMATIVO: NOMBRE EN
CLAVE: MASCOTA DE PESADILLA (DESTINA-
TARIO ESPECÍFICO / INFORMACIÓN CLASIFICADA /
MÁXIMO SECRETO POR ORDEN EJECUTIVA 13292)

Zach despertó abruptamente. Algo había aterrizado cerca de su cabeza.

La mejilla, empapada en su propia baba, se apoyaba en el informe secreto.

Con los ojos nublados echó un vistazo a su alrededor y comprendió que estaba sentado frente a una de las mesas del sótano del Instituto Smithsonian.

Y no llevaba sus propios pantalones.

“Oh Dios, entonces no fue sólo una pesadilla”, pensó.

Se había dormido leyendo el informe. Eran cientos de páginas, y estaban escritas como el manual de instrucciones de un microondas. El volumen que le habían entregado era el número cinco. Aún tenía mucho por delante.

Griff asomó la cabeza sobre su hombro, sosteniendo el bolso deportivo que había dejado sobre la mesa un segundo antes.

—Te he traído algo de ropa. Deberías trasladar aquí algunas cosas de tu departamento.

Zach bostezó y se puso de pie, y al hacerlo tuvo que levantarse los pantalones —con el sello PROPIEDAD DEL INSTITUTO SMITHSONIANO— que Griff le había dado luego de que mojara los suyos la noche anterior.

Miró su reloj. Casi mediodía.

—¿Por qué estoy levantado? Creí que él dormía durante el día.

—Recién es medianoche —dijo Griff.

Zach volvió a observar su reloj. No era mediodía. No había nada de luz natural allí abajo. Volvió a bostezar.

Griff le echó una mirada a la página empapada de baba.

—¿Cuánto has avanzado en la lectura?

—Le he dado una hojeada.

—Bien. Te haré una síntesis: Cade puede operar durante el día, aunque no bajo la luz del sol. En ocasiones permanece despierto durante varios días. Tendrás que dormir cuando puedas.

—¿Y qué ocurre si tiene hambre? ¿Seré un bocado apetitoso?

—No se alimenta de seres humanos.

—¿Hablas en serio?

Griff asintió.

—¿Por qué no?

—Puedes preguntárselo.

—¡Increíble!

Zach comenzó a revisar el bolso deportivo.

Jeans. Camisetas. Un suéter. Una bicicleta de gimnasio. Griff había revisado el último cajón, donde guardaba el equipo de entrenamiento que rara vez usaba.

—¿Qué significa esto?

—Estarás trabajando allí afuera. Tendrás que ser ágil.

—Tú llevas un traje de vestir.

—Es una vieja costumbre. Fui miembro del FBI. No estaba permitida otra vestimenta.

—¿Y qué soy yo, el jardinero? He usado traje desde mi primera campaña, a los catorce años. No voy a cambiar eso ahora.

Griff se encogió de hombros.

—De acuerdo. Tus pantalones ya deberían estar secos.

El agente le alcanzó una taza de café. Zach la tomó, y sus pantalones cayeron casi hasta las rodillas otra vez. Habría jurado que Griff estaba conteniendo la risa. Pero al instante se distrajo con el teléfono celular que el hombre había sacado de su bolsillo. Parecía un modelo de pantalla táctil, aunque un poco más grande, con una antena en la parte superior.

—Ya sé que querías un anillo decodificador, pero te he conseguido esto —dijo Griff haciendo entrega del aparato. —Comunicación satelital, sistema de rastreo por GPS, acceso a Internet, cámara, detector de movimiento, señal de emergencia, y algunas otras opciones que podrás utilizar sólo cuando tengas un poco más de experiencia.

—Genial. ¿Quién paga por todo esto? Jamás he visto una partida presupuestaria para vampiros.

—El presupuesto del odontólogo de la Casa Blanca es sorprendentemente abultado.

—Muy gracioso. ¿Reproduce MP3? —preguntó Zach, jugueteando con el teléfono.

—Solo aprende a manejarlo. Puede salvarte la vida.

—¿Me darán una pistola?

—Cuando alcances la pubertad, tal vez.

Zach se levantó los pantalones con la mayor dignidad que pudo reunir. Haría lo posible por mostrar un buen desempeño en su nuevo trabajo.

—¿Hay algún lugar donde pueda tomar una ducha? ¿O esperas que me lave con la manguera de afuera?

Griff señaló una puerta de madera al otro lado de la habitación.

—Estás en tu casa.

Zach lanzó un gruñido y se dirigió a la puerta.

Griff miró su reloj y se dirigió a una pequeña heladera bajo la máquina de café, de donde retiró un envoltorio de cartón del tamaño de un envase de leche. Lo agitó, y luego lo metió en el microondas.

Cuando sonó el temporizador, lo retiró y lo colocó en la mesa más cercana.

Dos minutos después, el ataúd se abrió y de él salió Cade, completamente despierto. Como de costumbre, sus ojos echaron un vistazo rápido a la habitación. Vio el envase de cartón, pero no reparó en él.

Se quitó el andrajoso uniforme militar y permaneció desnudo, de pie sobre el piso de piedra helado. Griff estaba acostumbrado: a Cade ya no le interesaban demasiado las nimiedades de los humanos.

Luego se vistió con una camisa ordinaria y un traje negro que colgaban de un gancho en la pared. Era la clase de ropa prêt-à-porter que cualquier burócrata compraría con su salario de gobierno. La única diferencia era que Cade no llevaba corbata. En muchas ocasiones alguien o algo había intentado utilizarla para arrancarle la cabeza. Ahora parecía un oficinista en día viernes.

Excepto por la cruz, de un metal antiguo y oxidado, sujeta a su garganta por un cordón de cuero. Sin importar

qué ropa llevara, jamás se quitaba la cruz. Habría podido pertenecer a una estrella de rock. Pero desgastada y estropeada como estaba se parecía a una de las piezas de museo del piso de arriba.

Una vez vestido, Cade continuó ignorando el envase de cartón. Se acercó a una terminal de computadora, la única concesión hecha al siglo XXI en todo el lugar.

A diferencia de Griff, Cade no tenía ningún problema con las computadoras. Con un poco de tiempo podía aprender a utilizar cualquier herramienta. Tenía que hacerlo, si su especie se proponía dominar a una raza de simios inventores de herramientas, sumamente ingeniosos. Debía ser capaz de manejar cualquier cosa que un hombre pudiera construir. Todo lo que un hombre pudiera aprender, él debía aprenderlo más rápido.

A ciertas personas les habría sorprendido el hecho de que Griff considerara a Cade como producto de la evolución. Pero después de observarlo, le parecía obvio: estaba frente a un superpredador. Alguna vez había sido humano, mucho tiempo atrás. Ahora sólo tenía la misma apariencia, lo cual le permitía moverse entre sus presas. Todo lo demás estaba construido para hacer de él —y sus congéneres— el más eficiente cazador de *Homo sapiens*. En otra época lo habrían llamado antropófago.

No era cuestión de creer. Griff lo había visto luchar contra demonios, vampiros, hombres lobo, hombres invisibles, alienígenas, criaturas sin nombre, incluso uno que se consideraba a sí mismo un dios. Y los había liquidado.

La mayoría de esos seres habían acabado en las diversas mesas de autopsias del gobierno y él había visto los resultados. Y eran tangibles. Existían en este mundo. El ente que los construyó debía haber utilizado los mismos principios de la física y la biología que gobernaban al resto de las criaturas del planeta.

Ciertamente algunos principios inflexibles de la ciencia se torcían con gran facilidad. Había bastantes cosas que Griff no comprendía, y que los equipos de intelectuales

del gobierno no podían explicar. Como la aversión de Cade a las cruces y otros símbolos religiosos. O la magia que unía a Cade a la voluntad del presidente como el hierro al imán.

Y nadie había podido explicar satisfactoriamente a Griff la mecánica cuántica. No significaba que la ciencia estuviera equivocada. Sólo que él no la comprendía.

En ciertas cosas sólo se podía confiar.

—¿Ya enviaste al chico a su casa? —preguntó Cade, mientras escribía en la computadora.

—Está en la ducha. Preparándose para su primer día de trabajo —dijo Griff.

—¿Se lo advertiste?

Las duchas se habían instalado en una antigua celda para prisioneros secretos. Algunos de ellos parecían sentirse lo bastante cómodos en el lugar como para permanecer allí luego de su muerte. Ocasionalmente la ducha echaba sangre en vez de agua, y en los espejos empañados de vapor aparecían calaveras.

—No surgió la oportunidad —explicó Griff.

Los labios de Cade se movieron. Era preciso estar atento a esos gestos, prácticamente el único modo de saber que se divertía. Sus dedos pulsaban con rapidez las teclas para escribir el informe sobre el incidente de Kosovo.

—¿Has guardado al artefacto bajo llave? —preguntó.

—Está protegido —dijo Griff, señalando el envase de cartón. —Deberías comer algo.

—Estoy bien.

—Cade, come.

—¿Es una orden? —preguntó Cade con dureza.

Griff suspiró.

—Es un consejo.

Cade se alejó de la computadora, tomó el envase y lo abrió. Contenía sangre oscura y espesa, todavía humeante por efecto del microondas. Una mezcla de cerdo y vaca, ganado proveniente de un centro de investigación médica cerca de McLean, Virginia.

Cade la bebió de un trago, sin derramar una sola gota. El efecto fue inmediato. Se irguió en toda su estatura. Sus músculos se flexionaron y estiraron, y su pálida piel se coloreó aun antes de que la sangre se asentara en su interior.

—Gracias —dijo Cade, y sin mirar arrojó el envase al cesto de basura ubicado al otro lado de la habitación. Regresó al teclado.

—¿Entonces, qué piensas del muchacho? —quiso saber Griff.

—Parece una lata de aceite —opinó Cade.

Griff aguardó. Cade solía utilizar expresiones totalmente pasadas de moda, producto de catorce décadas de jerga atiborradas en su cabeza. Pero le tomó sólo un instante darse cuenta.

—Un farsante. Un político —aclaró.

—Quizás el presidente considera que necesitas precisamente eso, en lugar de un agente de campo. Tal vez por esa razón lo enviaron antes de lo previsto —comentó Griff. Entonces, respirando hondo, decidió contarle. —El cáncer ha vuelto.

Los dedos de Cade titubearon en el teclado una fracción de segundo.

—Lo sé —dijo, recuperando el ritmo.

Lo sabía. Por supuesto. Probablemente lo supo antes que Griff. Pero no dijo nada: esperó que Griff lo incluyera en el secreto. Era su versión de la cortesía. De la amistad.

—¿Qué han dicho los médicos? —preguntó Cade.

—Inoperable.

Cade siguió mirando fijo a la computadora y terminó de ingresar el caso en el registro. Probablemente también lo sabía.

—Lo siento —dijo.

“A su alrededor todos mueren. Tarde o temprano. Todos menos él”, pensó el agente.

A Griff le preocupaba pensar qué sucedería cuando ya no estuviera. Era la persona más cercana a Cade, lo más

parecido a un amigo. Durante más de treinta años había observado la falta de conexión, el abismo entre Cade y los demás. Podría olvidar por completo qué significaba ser humano.

Griff se preguntaba qué tan peligroso podía ser eso.

Y recordó que sin importar qué sucediera, no estaría allí para verlo.

El muchacho regresó del baño, interrumpiendo lo que podría haber sido un momento incómodo. Su cabello aún estaba húmedo, e intentaba alisar las arrugas de su camisa.

Quedó helado cuando vio a Cade en la computadora.

Griff se puso de pie y lo condujo hacia la mesa.

—Relájate, no muerde.

—No es gracioso —dijo Zach, respirando pesadamente.

—Enséñale tus papeles.

—¿Qué? —exclamó Zach. Temblaba. No apartaba la vista del vampiro. Griff no podía culparlo. Aún recordaba el momento en que había conocido a Cade. Pese a que estaba mejor preparado, considerando su experiencia previa en combate físico, fue semejante a despertar y encontrar una cobra enroscada en la almohada.

Cade hacía lo posible por ignorar la reacción del chico para evitar que se avergonzara aún más. Y considerando que tenían mucho trabajo por delante, Griff fue hacia la chaqueta del Zach y cuidadosamente tomó el sobre del bolsillo interior.

—Enséñale las órdenes del presidente —le indicó el agente.

Zach tomó el sobre de manos de Griff, y se adelantó para entregarlo a Cade. Tan pronto como el vampiro lo recibió, Zach retrocedió otra vez.

Cade abrió el sobre y leyó en voz alta: “Por medio de la presente declaro a Zachary Taylor Barrows oficial de enlace del Presidente de los Estados Unidos, con todos los

derechos, obligaciones y privilegios correspondientes a dicha posición...”.

Cade terminó de leer la carta en silencio y luego asintió.

—Bienvenido a bordo —dijo, mientras la guardaba nuevamente en el sobre. —Ahora eres un funcionario nombrado por el Presidente de los Estados Unidos. Estás bajo mi protección.

La respiración de Zach comenzó a aquietarse. Un poco.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que aun cuando lo deseara, no podría dañarte —explicó Griff. —Está obligado a acatar tus órdenes y protegerte ante cualquier peligro.

Zach los observó incrédulo.

—¿Es una especie de conjuro?

—En realidad, fue un juramento de sangre —sentenció Cade.



© Daniel Reichert

Christopher Farnsworth

Era periodista y guionista de televisión. Con esta novela inauguró su serie “El vampiro del presidente” con la cual ha jurado dedicarse de lleno a la literatura. En la actualidad puede seguirse su actividad a través de las páginas web:

<http://www.presidentsvampire.com/index.html>

<http://chrisfarnsworth.com/>

Otros títulos publicados

Sin límites

Alan Glynn

Cortina de humo

Sandra Brown

Caso cerrado

Robert Rotenberg

El club de París

Steve Berry

La espada del profeta

Daniel Easterman

Los ogros del Ganges

Philippe Cavalier